

Carlos PEREDA. *Los aprendizajes del exilio*. México: Siglo XXI Editores. 2008, 150pp.

Una ética para el pensamiento

El ensayo de Carlos Pereda transmite los aprendizajes del exilio a quienes no hemos estado en esa situación, sin que se convierta, sin embargo, en su tema central. No se trata aquí, en efecto, de un libro sobre el exilio, sino sobre algo que se puede aprender de él (aunque no solamente de él: «no importa de dónde parten los aprendizajes, sino qué van encontrando, adónde llegan», p. 134). Esto es, a saber y en última instancia, aprender a pensar correctamente, a filosofar o, en otras palabras, a «afrontar con juicio la vida» (p. 135). No hace falta decir que, como parte de lo que uno es en conjunto, el pensamiento filosófico se alimenta en el fondo de las experiencias que, como la del exilio, marcan el rumbo de la propia vida. Por lo mismo, la posibilidad de pensar de una manera más comprehensiva, de abarcar una mayor cantidad de perspectivas, dependerá de la manera en la que se asimilen las experiencias vividas: con buen juicio (abriéndose a la

consideración de otras posibilidades), o sin él (y cerrándose entonces a la posibilidad de nuevas experiencias).

Acaso sea posible decir que, en términos generales, la pregunta central a la que se responde en este ensayo es la que se refiere a la forma más adecuada de asimilar, en el pensamiento, experiencias similares a la del exilio. Responderla implica reconstruir una experiencia particular (la del exilio en este caso) «como la instancia de un tipo de experiencias» (p. 9). De esa forma es posible extraer directamente de ella, por un lado, aprendizajes referidos a la mejor manera de afrontar las pérdidas, o la decisión de resistir, o la necesidad de comenzar de nuevo (formas todas ellas de vivir tal situación que no necesariamente se excluyen, sino que «también se traslapan y hasta empujan a ir» de la una a la otra (p. 11). Y por otro lado, así se vuelve también posible aprender indirectamente del exilio, asumiéndolo como una perspectiva desde la que la reflexión se abre camino a nuevos problemas y a formas más adecuadas de abordar viejas cuestiones («un laboratorio de experimentos de pensamiento y, por eso, un generador de preguntas y respuestas» (p. 109)). Tanto de los aprendizajes directos del exilio como de los indirectos habrán de derivarse reglas prácticas para la vida o, más precisamente, para conducirse dentro de «lo que suele llamarse “escuela de la vida”» (p. 11).

Así, dentro de los aprendizajes directos al vivir el exilio como pérdida, se encuentran tanto el de saber asumir una pérdida y el dolor que ésta conlleva, como también el de saber «evitar transformar el duelo en permanente» (p. 56). En ambos casos se aprende al cabo a no perderse a uno mismo, o bien, como en el primer caso, en el desconocimiento de sí al que se ve conducido quien no se deja afectar por las catástrofes que lo rodean, o bien, como en el segundo caso, en la hipérbole de sí de quien, inversamente, es incapaz de

dirigir la mirada hacia su propio dolor desde la perspectiva de la tercera persona. Lo que ello nos dice en definitiva es que «hay un tiempo para involucrarse y hay un tiempo para tomar distancia», y para ser capaces de distinguir ambos es necesario «estar dispuestos [...] a concepciones de sí que incluyan prácticas complejas y resbaladizas» (p. 58), ejerciendo el «duro y exasperante arte de interrumpirse» (p. 39).

En última instancia, los vicios derivados de experiencias como la del exilio contra los que nos previene Carlos Pereda se resuelven en un uso arrogante de la razón, por lo que el antídoto más eficaz contra ellos es justamente aquel arte que hará posible realizar prácticas de argumentar (que hará posible, pues, la racionalidad práctica). Y es que la razón arrogante es a la vez una desmesura y una falta de decoro (p. 98) que conlleva «el metódico descrédito de lo otro, de todo lo otro [...] como suficiente respaldo de la propia nobleza» (p. 98). Pero a fin de cuentas, aquel que se deja arrastrar por tal arrogancia y «con desdén se encumbra amurallándose [...] atraviesa la vida sin estar presente» (p. 99), acaba convirtiéndose, acaso pueda decirse también así, en una de las sombras que deambulan sin rumbo en el mítico Hades. Por ello, en efecto, el antídoto más eficiente contra tal transitar por la vida ausente es ese arte que consiste en saber «escuchar, mirar, también saber leer», de manera que «exige suspender reacciones habituales» (p. 39) y agrieta la «muralla de palabras con las que encubrimos y, como magos distraídos, hacemos desaparecer los padecimientos concretos y las injusticias no menos concretas con que nos enfrentamos» (p. 39). Esto es: tal arte reanima.

Todo ello supone, claro está, que en efecto la razón práctica es posible, esto es, que podemos actuar motivados por argumentos racionales. Pereda concluye a este propósito

que, efectivamente, «las personas no sólo son sensibles a sus deseos, emociones, hábitos, intereses; en circunstancias apropiadas también son sensibles a los argumentos» (p. 122). Acaso por ello quepa también decir que la realización de la razón práctica depende en gran parte del deseo de buscar y de la capacidad de encontrar aquellas circunstancias adecuadas, y que precisamente por eso se trata de un arte. Uno que habrá de reflejarse en lo que Carlos Pereda llama una «ética para desarraigados» y que presupone la asunción del exilio como perspectiva, en contraposición a una «moral para arraigados» (p. 129) que supone, en el caso más extremo, la incapacidad para cuestionar las posiciones que la tradición nos ha heredado y que han sido por lo regular asumidas irreflexivamente.

Jorge Alfonso Chávez Gallo
Departamento de Filosofía
Universidad Autónoma de Aguascalientes